

# EXTRAORDINARIA NOVEDAD

Jose María Gironella

# 100 ESPAÑOLES Y DIOS

edicionesNauta

un test psicológico sin precedentes

## 100 ESPAÑOLES

Evaristo Acevedo - Ignacio Agusti - Lili Alvarez - Ansón - Antonio - Del Arco - Areilza - Manuel Aznar - Alfonso Balcázar - Antonio Bienvenida - Manuel Blancafort - Carlos Buigas - Mario Gabré - Calvo Serer - Calvo Sotelo - Camón Aznar - Caro Baroja - Narciso de Carreras - Cirlot - Noel Clarasó - Alfonso Carlos Comín - Cuixart - Cunquero - Dalí - Delibes - Fernando Díaz Playa - Guillermo Díaz Playa - Gerardo Diego - Enrique Diosdado - Xavier de Echarri - Fernández Cruz - Fisac - Fraga Iribarne - Antonio Gala - Federico Gallo - Juan Gich - Gil Robles - Gila - Magdalena C. de Gironella - Jiménez Lozano - Jiménez de Parga - Elisa Lamas - Lara - Adolfo Ley - López Ibor - Torcuato Luca de Tena - Madariaga - Marañón - Susana March - Marés - Julián Marías - Ana Mariscal - Marisol - Marsillach - Maslora - Ana M.<sup>a</sup> Matute - Bartolomé Mestre - Mihura - Jaume Miravittles - Luis Miravittles - Miret Magdalena - Enrique Monjo - Muñoz Alonso - Paniker - Paso - Pemán - Pi Suñer - Pinto Grote - Piulachs - Baltasar Porcel - Pilar Primo de Rivera - Francisco Rabal - Antonio Ribera - Rodríguez Delgado - Joaquín Rodrigo - Carlos Rojas - Emilio Romero - Luis Romero - Ros Marbá - Luis Rosales - Ruiz Iriarte - Ruiz Jiménez - Sáinz de Robles - Sáinz Rodríguez - Enrique Salgado - Mercedes Salisachs - Salomé - Samitier - Santana - Mary Santpere - Carlos Sentis - Serrano Suñer - Serrat - Subirachs - Eduardo Tarragona - Tharrats - Torán - Urtain - Ignacio Villalonga - Yepes -

### RESPONDEN A ESTAS PREGUNTAS

1. - ¿Cree Ud. en Dios? 2. - ¿Cree Ud. que hay en nosotros algo que sobrevive a la muerte corporal? 3. - ¿Cree Ud. que Cristo era Dios? 4. - ¿Cree Ud. que el Concilio Vaticano II ha sido eficaz? 5. - ¿A qué atribuye Ud. el hecho de que la Iglesia española se vea periódicamente perseguida por el pueblo de forma cruenta? 6. - ¿En qué sentido cree Ud. que la Ciencia, la Técnica y la Intercomunicación de los pueblos influirán sobre el tradicional sentimiento religioso español? 7. - ¿Ha experimentado Ud. alguna vivencia que haya influido sobre su actual actitud religiosa? Un volumen formato 22 x 23 cm., con 750 págs. y más de 500 fotografías. P.V.P. 650 ptas.

Ediciones Nauta - Ríos Rosas, 57 - Barcelona-6

# 100

AUNQUE parezca exagerado, no dudo en afirmar que el libro que se acaba de publicar con este título es el más importante, desde el punto de vista religioso, aparecido en España desde hace varias decenas de años.

Nuestro país es un país de paradojas. Se ha afirmado con el mayor aplomo que nosotros representamos la religiosidad católica por antonomasia —¿no han propugnado algunos, con total seriedad, que éramos más católicos que nadie, y nuestro lema no era ser más papistas que el Papa?—; pero nuestro siglo actual ha sido escaso, entre nosotros, en manifestaciones religiosas de importancia en libros, obras de arte o instituciones; las que han existido, a pesar de su excepcional valía, constituyen eso mismo: excepción. Son como islotas solitarias perdidos en el mar.

José María Gironella ha pergeñado, patrocinado y dirigido, con inteligente agudeza, un ensayo de confesión religiosa pública, realizada entre cien españoles. Por eso esta manifestación clara, choca en nuestra historia reciente. El procedimiento seguido por él ha resultado bien sencillo: un simple cuestionario de ocho preguntas, expresadas de manera rotunda.

Las cuestiones —tal como las plantea Gironella— carecen de todo ropaje o preparación psicológica. Se ve que están redactadas por un hombre directo, que ha querido ir —en esta materia religiosa que muchas veces era casi tabú— de frente al toro y ha sabido salir airoso, muy airoso, de este difícil ensayo, al que un especialista en sondeos podría, quizá, ponerle el «pero» de esa forma de preguntar tan directa y tan poco elaborada.

Pero lo sorprendente —cuando algunos podrían haber, quizá, esperado lo contrario— es que el tono de sinceridad de las respuestas alcanza un nivel excepcional en mi sentir.

El mismo Gironella hace toda suerte de prudentes reservas respecto a cualquier generalización prematura de estos testimonios; pero la verdad es que, en mi opinión —por la pluralidad y franqueza de las respuestas—, resulta un testimonio hasta ahora único y de inestimable valor. Estoy totalmente de acuerdo por lo mismo con Gironella en que esta encuesta es «una piedra de toque» y que «muchas facetas de los españoles se ponen en ella de manifiesto».

En mis artículos de TRIUNFO he mantenido siempre la tesis —nada abstracta, sino producto de mis observaciones y múltiples contactos con muy variados españoles— de que el factor religioso del pueblo español es muy complejo, y, desde luego, que la llamada «religión tradicional» que hemos recibido es demasiadas veces una confusa mezcla de singularidades folklóricas, costumbres semipaganas o instrumento exterior para asegurar la otra vida. En cambio, de cristianismo vital tiene

Serrat:  
«Me interesa mucho más creer en el hombre como ente espiritual».



una dosis menor de lo que se dice, y está menos extendida de lo que se cree. Naturalmente que en las encuestas no se aprecian estos factores de una manera directa, sino que, indirectamente, se descubren a través de las reacciones críticas de aquellos que adoptan: o una postura inconformista en lo religioso, o una postura de no-creencia. El libro tiene un fuerte interés no sólo por las creencias que directamente expresan los encuestados, sino por las deducciones psicológicas y sociológicas que pueden hacerse a través de este «strip-tease» religioso hecho por cien españoles que, de una manera o de otra, son personas significadas en el país.

No trato de hacer un análisis objetivo de los textos. Aquí sólo quiero expresar mis impresiones leales —sujetas a error, por supuesto, como toda impresión— y que han sido sacadas de una lectura apasionada —lo confieso sin rubor—. El libro —a pesar de algunas reiteraciones y fallos evidentes en la selección— resulta apasionante. Tampoco trato de retratar cuidadosamente a los pocos que entresaco de él ni de elegir a todos ni a los me-

Ana María Matute:  
«Ando más preocupada por la falta de escuelas, el salario mínimo, la guerra del Vietnam o los suspensos de mi hijo...».



jores; pretendo únicamente traspasar a mis lectores el impacto personal que a mí me han producido algunas de las respuestas, invitando a todos a que las lean —éas y todas las demás—, haciendo una reflexión personal. ¿Por qué no podría estimularse a los lectores a un comentario, público o privado, sobre las convicciones de estos personajes españoles? Esta sería la única manera de hacer más luz en lo que está pasando religiosamente en esta España subterránea, que está en las conciencias, en los hogares o en las reuniones de amigos y que apenas se ha analizado.

El compilador de este libro lo dice sin eufemismos: «Algo ha pasado en las últimas décadas; España es todavía, probablemente, una isla; pero a una isla pueden llegar barcos, aviones, pensamientos. Quiero con ello indicar que, por encima de la rutina, las respuestas a mi cuestionario delatan que la "crisis" religiosa característica de la época ha alcanzado también nuestras cosas... El resultado de la encuesta hubiera sido muy distinto, mucho más dogmático y sin fisuras, de haberse realizado hace veinte años, y no digamos a principios de siglo».

Uno de los datos más interesantes que se deduce claramente de las respuestas y que —a primera vista— produce extrañeza es que apenas nadie confiesa haber tenido «vivencias» personales decisivas de carácter religioso; y esto es —me parece a mí— uno de los síntomas más expresivos de lo defectuoso de nuestra religiosidad tradicional. Me resulta sorprendente que hoy se diga de forma universal que el cristianismo es una vida y que se hayan hecho tantos esfuerzos para fomentarla —sobre todo tras el Concilio Vaticano II— y que, sin embargo, para la casi totalidad de los encuestados, la religión no suponga «vivencialmente» algo decisivo, sino que —para ellos— se encuentre en otro plano su creencia.

Muchas contestaciones de creyentes me parecen demasiado estereotipadas; sin duda, a través de ellas se vislumbra una fe fuerte, pero es necesario hacer este ejercicio de análisis y consideración a través de los conceptos esgrimidos, que los creo demasiado poco personales, para poder expresar su íntima creencia. Dice Gironella, con razón, que «la religión, en nuestro ámbito... es algo tan conatural, que nadie ha ido elaborándosela en su interior, en uno u otro sentido, al compás de una experiencia propia». Por eso se pregunta él mismo si «el pudor no habrá desempeñado ahí un papel preponderante». No lo sé, porque lo mismo pudiera ser el pudor que el temor, ya que demasiados siglos hemos estado acostumbrados a proceder automáticamente en la expresión de nuestra fe, y el peligro de ser declarado heterodoxo quizá lo llevamos tan dentro que nos impide a los más «oficialmente» creyentes descubrirnos a nosotros mismos y a los demás con soltura.

No conviene que cuando se le pregunta a un verdadero creyente por su personal convicción acerca de si Cristo era Dios se limite a contestar

# Españoles y Dios

que sí, porque es cristiano y católico; o que, todavía más escuetamente, se diga simplemente que sí. Porque si Jesús —para el creyente— fue un hombre de carne y hueso, en quien se expresaba de forma única lo divino, y sigue presente en la vida de un creyente, la religión —que es una relación interpersonal— debe llevarnos a una expresión rica en matices personales y no en frases recibidas, por dogmáticas y respetables que sean.

Hay quien, después de una muy inteligente introducción, llena de matices, se limita después a reproducir el Credo de los Apóstoles —cosa que hacen varios—. Credo —por otro lado— que no fue redactado por los primeros Apóstoles, sino siglos después, tras influencias ideológicas de otras culturas de origen no cristiano, como los estoicos griegos.

Todos los creyentes ortodoxos afirman que Dios es personal, que es un Tú bien concreto. Pero no se dan cuenta quienes así lo afirman que a rangan seguido contestan con conceptos no-personales la mayor parte de las veces.

Los creyentes a ultranza abundan, es cierto. Pero también abundan aquellos que creen y, sin embargo, son inconformistas de ciertas afirmaciones tenidas por tradicionalmente religiosas y hasta obligatorias. Esto es una novedad, como lo son —y no pequeña— las confesiones valientes, pero sin dramatismo, de los que se declaran manifestamente no-creyentes.

Generalmente, estos últimos se califican mejor como «no-creyentes» que como «descreídos». Hasta ahora se nos había dicho que el español no era no creyente, sino que era un «descreído»; pero ahora, al menos, esto no es cierto, porque existen quienes han llegado a esta actitud y convicción no por una reacción puramente emotiva ni tampoco por una desgana de creer. Para que quede más manifiesta la diferencia entre la incredulidad de otras épocas y la actual, basta leer las confesiones de aquellos que, por su edad y circunstancias, pertenecen a otro tiempo. Algunos de estos descreídos, que fueron y todavía son figuras inte-

de atributos precisos y bien delimitados que produce tantas dudas y problemas innecesarios.

Guste o no guste a estos incrédulos, me siento en mi creencia cristiana íntima más cerca de sus inquietudes y problemas que de aquellos que de-



Salomé:  
«Yo tengo mi Dios,  
Mi Dios  
es mi conciencia».

masiado tranquilamente afirman su fe sin problemas de una manera recortada y perfectamente clara.

Me gustan también más las confesiones, tengan el matiz que tengan, de aquellos que están en constante contacto con la vida (artistas, actores, psiquiatras, locutores, cantantes...) que aquellos otros que hacen de la intelectualidad una profesión. Incluso yo mismo me siento insatisfecho del modo como he expresado mis propias creencias; me parece que todavía me he parapetado demasiado en frases y conceptos —abiertos, por supuesto—, pero que quitan espontaneidad a lo que digo, aunque suscribo todo lo que allí puse.

Quizá —y sin quizá— lo más interesante de este libro sea el coraje con que algunos confiesan su incredulidad. Los creyentes, que estamos todos los días hablando de diálogo, debíamos agradecer la sinceridad escueta con que, por ejemplo, personas como Joan Manuel Serrat, contesta a la pregunta: «¿Cree usted en Dios?», diciendo sencillamente: «No. Me interesa mucho más creer en el hombre como ente espiritual». O el novelista Baltasar Porcel, que expresa en forma tajante: «No, no creo en Dios».

Dos mujeres, excelentes escritoras, cosa extraña hasta ahora en nuestra historia, también hacen parecida confesión. Susana March contesta a la pregunta que se le hace sobre su creencia en Dios: «No... Ya en la adolescencia me negué a admitir la existencia de un Dios paternalista y vengativo, que podía permitir que en nuestro mundo reinara tanta injusticia y crueldad». Y Ana María Matute, sin patetismo alguno, declara: «Nunca pienso en eso, la verdad Te confieso que ando más preocupada por la falta de escuelas, el salario mínimo, la guerra del Vietnam o los suspenso de mi hijo. De todos modos, creo que mi respuesta es: No».

Un psiquiatra que se confiesa ateo —Carlos Pinto Grote— reconoce, por otro lado, con total desapasionamiento, que las vivencias religiosas que él ha conocido en muchas gentes son «auténticas», y dice, sin dejarse llevar por partidismo alguno: «Si una manifestación de esta fuerza es lo que en términos cristianos se llama gracia, venga de donde venga, usémosla para perfeccionarnos y unir a los hombres». Esta es una tónica serena, a la que en España tampoco estábamos acostumbrados y que aquí se revela como un nuevo clima.

Algunos famosos de la canción o del teatro se muestran más inconformistas de lo que uno podría suponer. Marsillach confiesa ante la pregunta sobre la existencia de Dios: «No entiendo un mundo con Dios. Lo que ocurre es que tampoco lo entiendo sin Él». Salomé contesta a la pregunta sobre su creencia en Dios: «No. No creo en un Dios omnipotente que de pronto, aburrido, decidió crear el Universo y, más tarde, en eso que llamamos tierra, crear al hombre con el propósito de que éste le adorara... Yo tengo mi Dios. Mi Dios es mi conciencia. Un Dios cuyas letras hay que escribirlas, todas, con mayúsculas así de grandes: DIOS. Ese Dios, que es mi conciencia, me exige. Yo me exijo a mí misma no dañar a nadie; intencionadamente, se entiende».

Hay, sin duda, un desequilibrio entre la frecuencia con que los maduros, que están ya situados en la vida, aceptan lo religioso, y las posturas más inconformistas de los que son más jóvenes —estén o no situados—. Pero una compensación a esto es la actitud, por lo general crítica, que se adopta contra la estructura humana de nuestra Iglesia, incluso sorprendentemente por algunos cuya mentalidad religiosa es conservadora. Se le suele achacar falta de pobreza evangélica en sus manifestaciones y una clara intolerancia como norma de conducta hasta hace bien poco. También se le achaca históricamente demasiado poca independencia de los poderes políticos o económicos, y resulta casi general la petición de la independencia total en las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

Elemento nuevo que muestra este modo inconformista de entender lo religioso es —como dice Gironella— la actitud ante el infierno: «El infierno, por ejemplo, es idea impugnada por muchos. Especialmente lo que es su perennidad. Dicho de otro modo, al creyente de esta era se le hace cuesta arriba conciliar la Infinita Misericordia con la condenación inapelable, eterna». Incluso personas moderadas en sus ideas religiosas confiesan matizadamente: «Creo que en lo que sobrevive a la muerte corporal no hay premios ni castigos. Creo sólo en almas —inmortales— que tienen Fe y otras que no la tienen. Y en eso, en tener o no tener fe, está el ganar o el perder». Y son varios los que llegan incluso más adelante, y se manifiestan no creer en una vida perdurable en el «más allá».

El segundo aspecto de esta religiosidad de muchos españoles es la valoración casi unánime de la persona de Jesús. Como ser humano excepcional y ejemplar, es figura valorada por todos, salvo una excepción, si no me equivoco mucho, y que me resulta chocante. Sin embargo, entre bastantes se ve que les cuesta aceptar que Jesucristo sea Dios, porque incluso algunos que se manifiestan católicos se limitan a decir a la pregunta de si creen que Cristo era Dios: «Lo admito». «Debo creerlo». En el fondo, pienso que la concepción excesivamente «inhumana» que se ha dado de Dios en los manuales de instrucción religiosa, más como un Ser Supremo que como la expresión vital del

Marsillach:  
«No entiendo  
un mundo con Dios.  
Lo que ocurre  
es que tampoco  
lo entiendo sin Él...».



lectuales importantes, nos parecen un poco desplazados de nuestra época. Yo diría que ante los creyentes vivos y ante los que son más o menos dubitativos, aquéllos resultan todavía demasiado conservadores y con un planteamiento intelectual demasiado abstracto para nuestro gusto actual.

Es manifiesta la dificultad para hacer calificaciones claras entre las diferentes manifestaciones religiosas que se expresan en el libro. Yo diría, por ejemplo, que mi modo de creencia, a pesar de ser firme, se encuentra a caballo entre las manifestaciones de los que en el libro se dicen creyentes y de los que en él no lo son. He de confesar con sinceridad que algunos que casi se califican de incrédulos me resultan más verdaderamente creyentes que algunos de los otros que se presentan tajantemente como poseedores de una fe; porque aquéllos creen en algo superior, dinámico, positivo, transformador y vitalmente real. Y yo creo que en esto precisamente se encuentra mejor representada la afirmación de Dios que hace el cristianismo, que no en tantas representaciones perfectamente claras y definidas que la religiosidad oficial nos ha suministrado. El Dios del Nuevo Testamento no se encuentra definido en un lenguaje claro y cartesiano, sino únicamente como algo inaprensible, imposible de expresar, como es el Amor. Nada más diferente de ese Señor justiciero, o excesivamente paternalista, ni de un Dios lleno

Marisol:  
«Creo en el alma  
y en la eternidad,  
pero no creo  
ni en grandes premios  
ni en grandes  
castigos...».



Amor, influye a la hora de verlo claramente en un hombre tan humano como fue Cristo.

Marisol podría resumir esta complejidad de actitudes, sencillas por un lado e inconformistas por otro, que representarían a estos «nuevos creyentes», cuando dice con total espontaneidad: «No, no puedo pensar que no se crea en un Dios». Y continúa: «Creo en el alma y en la eternidad, pero no creo ni en grandes premios ni en grandes castigos. Ignoro, naturalmente, en qué pueden consistir esos premios y esos castigos...; pero creo que hay en nosotros un puntito de inmortalidad». Cuando le preguntan si cree que Cristo era Dios, responde: «Me da miedo contestar a esta pregunta. Creo que me falta preparación para poderlo hacer. Y no puedo hacerlo a base de catecismo. No obstante... la Religión, para mí, es Cristo. Nunca he pensado en el Padre, ni le he rezado; siempre a Cristo».

Sin duda este es un libro de sorpresas, como lo somos los españoles, desde el punto de vista religioso, para quien tenga la mirada puesta sólo en otros tiempos y no en la tierra que pisamos actualmente. ■ E. MIRET MAGDALENA.